

De la razón melancólica (*aprender de la premodernidad melancólica*)

INTRODUCCION

Este artículo comenta algunos aspectos del pensamiento de *Jacob Böhme* (1575-1624) que interfieren hoy en la (auto) comprensión crítica de la razón, del estilo y del quehacer general filosóficos. Frente a la jactancia de la razón-filosofía de pretensiones científicas y al pastelón de la del diálogo-consenso —frente a la banalidad de ambas concepciones del quehacer intelectual en relación a lo que realmente parece importar desde siempre al hombre y a un tipo, al menos, de filosofía: el sentido último de las cosas y de su vida— quizá sea esclarecedor llevar a cabo la experiencia lógica —una experiencia intelectual fuerte que nada tiene que ver con ocultismos— de un modelo místico de razón-filosofía, inevitablemente melancólica y grave ante la oscuridad que aún nos rodea por todas partes. Este uso melancólico y grave —lógico, insisto— de la razón, cuya experiencia fuerte exigiría un recorrido de su juego más amplio que el que permiten estas páginas (como el que hice, por ejemplo, en mi libro *Objetos de melancolía*, Libertarias, Madrid, 1985), genera un discurso peculiar, donde los términos absolutos que se emplean: «dios», «nada», «todo», «abismo», «caos», «origen», «infinito», «mal», «bien», etc., no tienen otro referente extralingüístico que objetos puros de melancolía, es decir, objetos añorados pero imposibles, siempre cuestionados a pesar de todos los pesares y desesperos. Y muestra unas maneras de gravedad y decencia intelectual que nada tienen que ver con usos babilónicos prostituidos, vanos y estériles, de la razón-filosofía tales como el del vano vedetismo mundano o el de la estéril afectación profesoral. A ambos les falta veracidad: lo único quizá que aún se le pueda exigir hoy al intelectual, en estos tiempos viejos, resabiados, estocásticos, hipercosciosos y, en consecuencia, escépticos. Más melancólicos que trágicos.

(El Prof. Rábade, Don Sergio, nunca ha sido un adorador de ésos de Babel. A él debemos en gran parte muchos de sus estudiantes y amigos la simiente del poco o del mucho respeto que aún podemos sentir hoy por nosotros mismos. Por eso precisamente le dedico estas reflexiones duras, graves, melancólicas, sinceras. El seguramente nunca ha aprobado mi hiperbólico tono, aunque yo siempre gusté del vehemente suyo. A su modo, sin embargo, uno y otro manifiestan intelectualmente, *salva venia* por mi parte, un parecido estilo de conciencia).

1. UN ZAPATERO MELANCOLICO

Hubo en Occidente un zapatero más extraño aún que el bíblico Enoc. Su cosienda y componenda de los niveles ocultos del universo fue más admirable incluso que la que la Cábala adscribe entre cielo y tierra a la hábil lezna del tráfuga padre de Matusalén. (Un oficio misterioso y noble, desde luego, el de zapatero, donde los haya habido). Se trata de Jacob Böhme, silesio, uno de los tres padres de la modernidad según Hegel: él, soñador de un tiempo de rosas y lirios de una reforma auténtica, intemporal e intempestivo, hereje, y Bacon y Descartes, cancerberos del *fatum* de los tiempos, comisarios de él y, en su orden y progreso, canónigos adelantados de una nueva ortodoxia hoy ya excrecente. Un tipo melancólico y de melancolía este zapatero iluminado, y por eso gran especulante del misterio.

«Misterio» se dice de las cuestiones de gran estilo en los límites de la razón, y modélicamente de aquélla de la razón misma sobre sí misma. El puro y simple hecho de que la razón sea, sea como es y se sepa tal, es en realidad lo único inquietante. Porque todos los demás misterios son de ahí deducibles como réplicas o proyecciones absolutas suyas fuera de las condiciones primordiales de espacio y tiempo en que ella se mueve en su ejercicio ordinario. con mil nombres e historias diferentes, dependiendo del variopinto folclore universal de creencias, «misterio» alude a algo insondable siempre en el turbio fondo mismo de la razón. De ahí toda cultura nace y vive, como expresión simbólica suya. Su experiencia filosófica es la «melancolía».

Hay otras experiencias más ufanas de este abismo negro y de su violento parto de universo: de ellas entiende hoy sobre todo la alta ciencia. Pero la vivencia filosófica de este agujero germinal, modélica en el zapatero teutón de que hablamos, más general que cualquier otra, de mayor tensión especulativa que ninguna, profundamente melancólica y desazonada ante la inmensa negrura de las últimas cuestiones, es experiencia de encierro y círculo, de vacío insondable y oscuridad por todas partes, pero ánimo fuerte a la vez por buscar o forzar un punto de apoyo en que hacer pie en el vacío y por describir además con cierta coherencia lógica aún, si es posible, esta aventura fantástica, imposible, en los confines ya absurdos de esa inmensidad barruntada.

De esta «manía» por lo oculto y por violar su quietud negra y eterna nace y vive toda cultura, decimos, por más que en la nuestra sean hoy los garabatos más opacos de su simbología del misterio —los que llamamos «científicos» en general, el parco arreglo moderno para andar por casa— los que más se respetan y de los que hemos hecho la explicación más brillante y distinguida de nuestra existencia.

2. LA NADA ES EL BIEN SUPREMO

En su banco de remendón Böhme penó largos años de esa melancolía y manía filosófica. Sobradas razones había para ello, las mismas que un ánimo sensible ha encontrado siempre en la raíz más honda de la inquietud del pensar: la profundidad infinita del cosmos que nos rodea como un abismo interior y exterior sin límite, recién proclamada entonces por Copérnico; la presencia por doquier del bien y del mal universal a las cosas, sobre todo del mal, incomprensible en su origen y naturaleza, pero crudamente impuesto a la evidencencia; las hueras charlerías babilónicas de los sabios y los poderosos del mundo, instalados alegremente en él como si fuera un asiento definitivo, y la persecución, por contra, del pobre heterodoxo de turno, hartado de ellos y de sus vanidades, oculto, solo, seguro sólo en lo oculto amado, en su vecindad especulativa y en el grupito de amigos, conspirados como él —por la libertad y dignidad del individuo sobre todo— en el misterio...

Grupos así de «cristianos libres» florecían abundantes en el oriente germánico —sobre todo en las recónditas tierras altas de Lusacia y Silesia donde nació y vivió Böhme— desde poco tiempo después de la Reforma, frustrada muy pronto por su instalación en el poder y por la consecuente sujeción que impuso a las conciencias con una nueva ortodoxia, tan perruna al menos como la papista, que hubo de teñirse una vez más de la heroica sangre de miles de desgraciados para atestiguar su mensaje «divino». Su humilde melancolía no privó al zapatero de la rabia por la desilusión que le produjo este reformismo abortado y los secuaces suyos que hubo de soportar; desilusión e insidias que no merecían ni él ni otras muchas buenas gentes perseguidas. Böhme escribió de esa rabia suya y de su melancolía con palabras bellas, duras y sinceras. El pueblo llano —no así sus popes— leyó durante siglos sus numerosas obras, que sirvieron de instrucción y estímulo a los desarraigados y a tempranos movimientos emancipatorios de la Modernidad. También las leyó la inteligencia más creadora, genial y libre de ésta (Spinoza, Newton, Leibniz, Goethe, Novalis, Schelling, Hegel, por ejemplo), y su influjo en ella se deja notar sobre todo en lo más hondo suyo: en esa forma absoluta de especular que acabaría por destruirla. Un pensar sin trabas ni límites, de perspectiva infinita, que sigue la llamada del vacío, afronta la disolución dialéctica originaria y definitiva en él, y juega el juego divino del eterno rodar del círculo de su imposible, voraginoso proceso epifánico de apropiación de sí mismo. Un estilo radical de pensar que acabó aniquilando todo pensar una vez que reveló en sus últimas aventuras idealistas su insuperable vacío, cuando no su culpable engaño, levantando en la conciencia intelectual posmoderna no sólo la duda, sino la sospecha respecto a todas sus grandes epopeyas lógicas.

Y es que este pensar olvidó o renegó de su origen. Origen religioso, sin ambaje alguno. Por eso la imprecación de Nietzsche al tiente curil sanguinolento, ladino y filisteo, de la filosofía alemana, que olvidó o ignoró en

sus enfáticas historias de universo el fondo de sinceridad de que nacían antes de esta Modernidad hiperracionalista. Esto hizo de ella un vano calco de sí misma y le privó de la hondura mística que daba significado a ese vacío originario —madre siempre parturienta del ser—, hoy vacío de verdad e insuperable, como decimos, sin sentido radical alguno en boca de este nihilismo estetizante sensiblero a la moda, que lo ignora —aunque perore sobre él—, distraído sólo en la apariencia variopinta del carnaval de formas que generan las infinitas rodadas fenoménicas del absurdo —maníaco, arracional, divino— torbellino de su absoluta nada (*Ungrund* más que *Abgrund*) esencial.

Pero la auténtica cuestión de ese vacío no es otra que la del misterio: un asunto racional de autoconciencia, como ya explicamos. Y su más laico y sereno ejercicio de estilo, entre la mística inefable y los cuentos chinos, reside hoy en una perspectiva intelectual poco corriente a pesar de muy pregonada: la de la nada, la de la posibilidad misma de cualquier cosa, que supone, por tanto, la liberación de hecho de todo o de todas ellas. Un nihilismo, como se ve, justamente contrario al estetizante que acabamos de citar: un nihilismo ontológico radical, posibilista, pero crítico a ultranza, cuyo estilo pretenden mostrar estas líneas evocando la melancolía de un zapatero lusacio.

Por un proceso así de autoconciencia, en efecto, acabaría también la Modernidad liberándose de sí misma y de sus muchas sobradas «luces». El abismo informe —y por eso posibilidad de cualquier forma— acabaría por explotar su costra configuradora moderna, regurgitando su nada y vacío como repudio a una imagen de mundo exclusivista, bárbaramente mecanizada y administrada por una razón totalitaria, instrumental, auto-satisfecha, acítica, que ya en tiempos del zapatero comenzaba a usar babilónicamente, con des-mesura-vergüenza, de sus indudables gracias. ¿Qué pensar, desde el abismo, de este mundo «racional» y «moderno» que nos legaron los claros bienintencionados varones de la Modernidad, dominado hoy por estos líderes nuestros tan esclarecidos, representantes de esa razón prostituida, por estos valores e intereses suyos, que rigen las relaciones inter-nacionales de política, cultura o naturaleza!? La perspectiva abismal, en el sentido ontológico radical expuesto, revela cual ninguna el grado de necedad, apaño y malicia, en general, de estos preclaros engendros —póstumos, esperemos— de las Luces. Frente al terrible escenario de mundo en que aún nos movemos, las palabras del zapatero suenan más hondas. Estas por ejemplo: «La nada es el bien supremo». Palabras peligrosas, sin duda, pero sólo en boca y manos de iluminados guías. Porque ellas son, sin embargo, el grito más sincero y conmovedor del melancólico, que no quiere un mundo así. El grito sordo a escuchar ya siempre ante cualquier nueva aventura racional, ante cualquier nueva apuesta por una racionalidad a ultranza.

3. HORROR VACUI-HORROR DIABOLI

¿En qué consiste —con más claridad— este estilo abismático, de melancolía, tan premoderno? Tiene que ver con la conciencia de encierro y con la huida de sí de la razón al fondo de sí misma. Tiene que ver con la historia de aquel zapatero grave dedicado a lo oculto, padre al que no siguió nuestra historia, que penó en soledad de «horror ante el oscuro abismo» y ante el mismo «diablo negro», prefiriendo esta experiencia intelectual durísima al pindongueo florido del mundo. Porque el misterio y lo oculto —es verdad— sólo despiertan de la tristeza y nostalgia que lo buscan.

La perspectiva del abismo y de la melancolía es miedo y añoranza —a la vez— del abismo: el *horror vacui* tentador de la infinidad oscura del cosmos y de su inefable principio. Y es miedo y añoranza —a la vez— del dios cruel y fosco de lo prohibido, consustancial al dios bueno y claro: el *horror diaboli*, tentador también, de la experiencia en todo de lo negativo y del mal, y de sus posibilidades liberadoras... Pero fundamentalmente, por lo que ahora importa, es lo primero: vecindad al abismo, donde todo se disuelve, se disolverá, estuvo originariamente disuelto antes, después, de toda configuración concreta y varia de universo; donde la diferencia no tuvo, no tiene, no tendrá sentido alguno. Vecindad, pues, al «caos», al «dios» sin más, a la «nada», etc., reductos todos lógicos de libertad absoluta, de absoluta indiferencia, frente a este mundo pinturero —y a cualquier otro posible—, encerrado —como todos— en la lógica condicionada de los fenómenos —en este carnaval de formas, capricho de algún dios que se persigue a sí mismo en sus máscaras— y no en la absoluta, vacía, libérrima del caos, de ese dios o de la nada —que da igual, en el vacío originario.

«Dios hizo todas las cosas de la nada, y esa nada es él mismo», escribe con supremo sentido común el zapatero. Todo es idéntico, en efecto, a un cierto límite del pensar, pero por pura coherencia del pensar mismo, no por ningún otro motivo especial, especialmente fantástico. Estos misterios que evoca la melancolía filosófica no se presentan más que al lógico, y no, desde luego, al mago de turno. *Sucede simplemente que hay algo que se impone a la razón cuando ésta piensa en el origen de toda violencia conformadora, diversificadora del abismo originario en mundos concretos: la nada o posibilidad de todos ellos y de sus ordenaciones.* Y la inspección abismática no es más que esta perspectiva sobre las cosas desde la lógica de su origen y final: la nada y su dialéctica circular y eterna de salida de sí... a sí misma (¿a dónde si no, si no hay nada más que nada?), cuyos momentos puntuales —cada cosa, cada hecho— no son más que evanescencias, que, incluso —como en el viejo texto de Anaximandro—, han de pagar un precio por su corta aparición en este absurdo proceso de autoapropiación de sí misma de la nada —o del dios o del todo, que da igual—, en que consiste la historia del mundo.

Se trata, en definitiva, de una macroyección al universo entero del

fenómeno interno de la autoconciencia racional: el pensar, que sólo es auténtico en el caso ideal de que no piense sino en sí mismo, es decir, en el caso de pensar nada, en ese punto central nulo en el que el eterno rodar del círculo está quieto. Este ideal contemplativo, quietista y anonadante ha sido siempre, de una forma o de otra, el sueño de las ultratumbas de más alcurnia en la historia de los mitos.

4. NARCISO Y LAS AGUAS PROFUNDAS

Esta inspección abismática no es más que un estilo de ver las cosas en un punto lógico en el que son —fueron, serán— posibles. Ello roba todo carácter absoluto a los hechos y, sobre todo, a cualquiera de sus justificaciones, no digamos ya imposiciones. Mata cualquier razón exclusiva de mundo. Pero no es sino una conciencia de limitación y un estilo grave y sereno de vivir y pensar los hechos de acuerdo a ella. Más allá de los reflejos fáciles de la superficie el pensar se sumerge y pierde en la tenebrosidad de las aguas y de su abismo. Esta imagen nos da la medida de la inquietud, cuidado, del pensar serio y de su razón melancólica. *Porque antes, en otros tiempos, la razón, a la hora de la verdad —en el límite del pensar—, siempre se olvidaba de sí misma y de su imagen, adentrándose y diluyéndose en la profundidad del piélago sin fondo que llamaban y llamamos eso: «nada», «abismo», «caos», «dios», etc. Era la experiencia mágica o mística —lógica siempre— de lo oculto.*

La racionalidad moderna, que no siguió a gentes como Böhme, se ha revelado más bien narcisa: como un enredo de las cosas en un lenguaje de reflejo y superficie, amedrentado por el abismo entrevisto de la esencia sin fondo, en cuyo torbellino místico ya nadie volvió a hundirse debido al falaz halago del espejo de las aguas altas. La razón se recrea así en sus afeites, se queda en ellos, inventa, no ansía descubrir ya nada, se desdobra en imágenes suyas sin fin con tal de no correr la aventura del fondo inexplorado. Hoy todo es signo, se dice y es verdad: signo de signo de... Una excrecencia seriada, hasta lo infinito, de la razón. Así creó la Modernidad este mundo de hoy opaco, plano, ramplón, burgués, estúpido.

Habría que volver a aquel premodernismo serio: a la dureza sumergida de la melancolía filosófica en la ardua soledad del pensar, frente a tanta comunidad científica y babilónico congresualismo. A la dura experiencia en soledad y hondura de las grandes cuestiones, sin fiarlo todo a respuestas consabidas, a la moda, sociológicas, históricas, culturalistas. Porque parece, a pesar de todo, que hay ciertas cosas últimas o límites (la última lógica de todo y cualquier discurso) que no admiten ese tipo vulgar de respuesta, sólo generalizable, hoy como ayer, para el cómodo escepticismo que mina de raíz las ciencias sociales y sus razones de pata de banco: las cosas son así porque son así, por experiencia y constatación empírica de que son así. ¡Esto se parece mucho al secretariado de la obvedad y del espejo!

Ya escribía Böhme en este sentido: «¡Qué es la fe de ahora! ¡Una mera historia es la fe de ahora!». ¡Pobre cultura la culturizada, sin arrojo alguno y con sonrojo demasiado para plantearse ya las cuestiones que más preocuparon y preocupan siempre al hombre: la pura lógica, la pura coherencia general del mundo por encima de cosas y personajes y de sus razones; las simples reglas del juego más allá de la banalidad-racionalidad diaria! ¿No somos los miles de millones de hombres, creyentes todos de algo oculto? Eso parece demostrar el carnaval infinito de creencias, religiones (ritos, popes). Más allá de todas ellas y de su fenomenología rumbosa está el abismo indiferenciado de la unidad primera, la nada de todas ellas, su libérrima azarosa posibilidad: la alta lógica del vacío y del juego. (La «lógica» es el tratado de toda posibilidad.) En lo que son (de verdad), todas son lo mismo (y nada más): el abismo inquietante.

5. EL DOLOR, UNICO CAMINO A LA VERDAD

Más allá de cualquier comparsa de creyentes, pues el heterodoxo del abismo vive esa experiencia de inquietud y melancolía a solas, extático, liberado en lo posible. Es la experiencia de una mente iniciada en lo oculto por no otras artes en principio que las dadas al pensar racional, tensa en los límites de la cotidianidad, donde el universo ya no es más que su lógica: sus eternas reglas de juego.

Cierta exaltación y efervescencia conlleva, sin duda, esta experiencia del abismo, frente a la casera escolar tranquilidad acostumbrada. Sólo la exposición a la tensión del sufrimiento, a la angustia interior del pensar, es capaz de crear algo desacostumbrado; porque nuestro corazón y nuestra alma son de por sí perezosos. *Esa asunción radical, extremosa, de la melancolía es lo que marca la diferencia entre quienes viven sosegadamente y los pocos que viven desasosegadamente. Estos saben lo que siempre supieron los grandes: la entrega y disposición al mayor dolor anímico es el único camino a la verdad. Asunto de tensión espiritual, y nada más, el del pensar. Y nada de sofrosine mesocrática...*

Es el estilo de vida de los grandes, digo, siempre en tensión íntima. Como el zapatero de Görlitz, que dicta a su escribiente en un estado interior en el que normalmente ya no es dueño de sí mismo como cualquier racional ciudadano. Porque lo «apremia» el espíritu, las ideas le llueven «en chaparrón» y el pobre amanuense, con manos casi trémulas por el esfuerzo, apenas consigue seguirlo. Todo un cuadro éste para la imaginación, sin duda, pero también para el sentido de lo exclusivo de esta tensa aventura del pensar, frente al pendoneo del intelectual vano, que hace la calle del espíritu de cenáculo en cenáculo de vanidad. El zapatero, por el contrario, no sabe si quiera, cuando dicta, si está o no en este mundo pendonífero, o no se entera, ni quiera enterarse, de ello. «Y es cosa que me alegra enormemente, porque eso me proporciona un conocimiento firme y seguro. Y

cuanto más busco entonces, tanto más encuentro y tanto más profundamente cada vez». Es otra perspectiva la suya, como la de que hablamos.

Böhme despreció la academia —iglesias y universidades, púlpitos y cátedras, sayos y togas— por las disputas y el saber que sustenta la panda de filisteos que la habitan. Todo ello, mera «palabrería» y «puterío», grescas y lios como los de la torre babilónica de las mil lenguas, en los que la razón quiere hacerse siempre la más guapa, coqueteando con dios o con el demonio, coqueteando con cualquiera, que da igual, con tal de imponer, vender sus gracias: el mercado o la calle de la razón. Eclesiásticos y sabios —orgánicos, canónigos no son para el zapatero sino pupilos de esa razón galante, cortesanos de Babel —«madre del puterio espiritual»— que sólo contribuyen a engordarla. Siempre con parecida sorna, rabia y desprecio define Böhme a toda esa honrosa familia de «majaderos»: reformadores, sectarios, tonantes maestros y teólogos, obispos-cardenales-papas, clérigos y escolarcas en general, que son en realidad quienes siempre han falseado o administrado «la verdad», frente al pobre y despreciado pueblo —«pueblito»—, al que, siempre también, tocó dar y dio su sangre por ella.

¡Casas de putas y disputas, pues, esos foros de vanidad de la razón muerta! ¡Equívocos salones de una ciencia galante y huera, esas académicas iglesias y universidades! El zapatero Jacob no se anda con contemplaciones... Ni tiene por qué hacerlo. Porque precisamente a esa ausencia total de respeto por la escuela, a la consecuyente y total liberación de sus canonjías materiales y, sobre todo, de sus imposiciones formales, debemos su discurso fresco y originalísimo, no adocenado por disputas ni tics de escuela, escolásticos, bellísimo y distinto al general agostamiento organizado de la academia. «Porque yo no menosprecio en modo alguno la ciencia, pero ¿qué hacen éstos en sus pétreas iglesias y universidades sino perder el tiempo discutiendo cosas que no comprenden en absoluto ya que piensan con su razón?»

El escolarca y sus compadres, así como el envanecido intelectual mundano, piensan con la «razón muerta», sin arrojo para la aventura de lo oculto, empeñada en la simbología y anecdotario más temporales y efímeros de los hechos, que sólo trabaja, además, por egoísmo y vanagloria, como astucia mundana, para un «vida del vientre». Es la razón de la letra y la palabrería, la razón buscona, fatua, superficial, narcisa, de la que en todo lugar y toda época, por desgracia, parece usar el intelectual títere de turno. Vanidosas zorras en cháchara y gresca, con nada más en la sesera que sí mismos: la patética imagen de sus gracias, con cuya banalidad confunden —peor que Narciso— las cosas. El zapatero no. El usa de la melancolía y el desasosiego, de su razón tensa y grave, entregada al final al misterio oculto y diluida en él, en el vacío, sin apego alguno a sí, sin pretensión epistemológica legitimadora moderna alguna, ni necesidad alguna del vano sosiego que esos fundamentalismos después buscaron. Usa, en fin, de la más alta lógica del abismo originario y definitivo, de la lógica última del todo o de la nada, de la vida y la muerte.

6. LA LOGICA DEL ABISMO

Réplica temporal y simbólica, la ciencia, de lo oculto, el hombre, sujeto suyo, sabía aún en la Premodernidad que las formas y diversidades de objeto no eran para ella su objetivo último, ni su descanso, ni su interés decisivo, que él puso en lo que llamó «dios» o «nada», esto es, en la posibilidad siempre de mundo desde una perspectiva infinita y eterna, posibilidad que se esconde en los signos del tiempo y de las cosas —criaturas del dios o de la nada autoparturientes— y que se ofrece oculta en ellos. Si llamó «dios» a esa energía secreta, supuesta en el origen y siempre, y «divino» a su juego y a su plan de juego universales, y los hipostasió a imagen de su conciencia y ciencia propias, arrojándolos en cada caso con su idiosincrásico folclore, es cosa irrelevante de nombres, ritos y creencias. Repitamos: lo importante, como siempre, es la pura lógica de ese impulso, lo de verdad escondido tras el carnaval de credos: un estilo de pensar, una lógica de juego y disfraces más allá del baile de su exhibición. Una ciencia de coherencias y objetivos últimos como la que ambicionó el zapatero: su tiempo era aún época de descubridores, fue la Modernidad quien trajo los inventos.

Transformar el mundo no es pergeñarlo desde una óptica ideológica cualquiera —política, religiosa, por ejemplo—, interesada siempre, o por una razón exclusiva, partidista, embrutecida en la venta de sí misma a las mayorías. Una reforma de las cosas no significa una nueva conformación dogmática, sino una perspectiva mística —revolucionaria siempre— de ellas. *Para reformar o transformar el mundo hay que pensarlo primero fuera de cualquier condición dada, más allá de él, con esa misma razón que embrutecen normalmente los líderes —el político o el iluminado, por ejemplo— pero que es pura y clara en la melancolía.* Hay que imaginar el mundo, en principio, de ningún modo, desde ningún rincón suyo, verlo desde fuera y no en la cueva de la farándula con los personajes varios del títere de época. A la luz libre de la lógica de su posibilidad y no en las sombras de su encierro fáctico y de la lógica trivial meramente desarrollista de él, cuya única mira, en tal caso, es el decorado de sus barrotes, el afeite de su miseria. Así parece que es el gran estilo, la gran ciencia, la elevación de miras del pensar que ha ido dando grandeza a contados personajes históricos y transformando de verdad el mundo: el del melancólico, a quien inquieta su pequeñez e indigencia, pero también sus infinitas posibilidades de juego.

7. EL CIRCULO Y EL INFINITO

Donde todo y nada es posible, deseable, imaginable aún: ahí está el lugar del pensar serio. (La realidad no es una realidad adocenada, administrada, orgánica, establecida, y su pensamiento, tampoco). En lugar de posibilidad de una auténtica reforma como la que imaginó nuestro zapate-

ro. Quedarse ahí quizá fuera una postura extática y errabunda, loca, sentimental, porque ahí no existe artefacto alguno efectivo que pueda mejorar inmediatamente las condiciones reales de vida humana. Es el lugar puro de la idea. Pero, hoy como siempre, son las ideas las que mueven mediatamente el mundo. De modo que pensarlo todo desde ahí, quererlo y hacerlo todo desde ahí, desde esa perspectiva, extrayendo del abismo de algún modo siempre nuevas posibilidades simbólicas suyas, un nuevo —viejo— estilo de ser siendo manifestación necesariamente inane del fondo oculto... a eso, y a la conciencia honesta de ello, se llamaría hoy una visión adecuada de las cosas: la de su posibilidad misma; su desarrollo sería en adelante la nueva —vieja— tarea del pensar. Es cosa nada más que de estilo, de talante intelectual.

Eso significaría fundar este mundo donde viene obligado por el pensar, el deseo y la acción mismos: en sí mismos. En su propio vacío y juego —circular y eterno— a llenarse, y no en sus objetivaciones concretas, siempre efímeras, en ninguna de las cuales puede identificarse y reposar esa voluntad primordial de mundo, ninguna de las cuales puede arrogarse el carácter universal y absoluto que sólo tiene el mero eterno simple infinito juego de todas ellas, esto es, el pensar mismo, el deseo mismo, la acción misma. El círculo abismal del pensar, el deseo o la acción, que se da eternamente objetos para eternamente volver a sí mismo recreando su vorágine y vacío. Esta es la perspectiva melancólica: la del círculo inevitable y eterno, definitivamente vacío y nada de cualquier cosa. *Y esto es lo único inquietante: las dos imágenes lógicas (Agripa) que, enfrentadas y aunadas a la vez, han perseguido desde siempre el desarrollo histórico de la razón occidental como únicas opciones de superación suya: el círculo (de nuestras miserias) y el infinito (de nuestras ilusiones).*

Isidoro REGUERA
(Univ. de Extremadura)